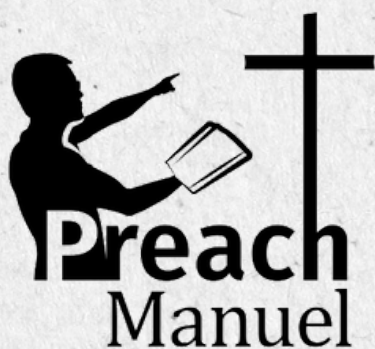




Comentario al
texto bíblico

EL ÉXODO

APOSTASÍA E
INTERCESIÓN

III TRIMESTRE - 2025

EL BECERRO DE ORO Y LA FE QUE SE DESVIÓ

Éxodo 32:1 – “Viendo el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron entonces a Aarón y le dijeron: **Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros**; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.”

El relato del becerro de oro marca uno de los momentos más tristes en la historia de Israel. Según *Patriarcas y Profetas*, quienes iniciaron esta petición fueron principalmente la “multitud mixta”: personas de corazón dividido, que aunque salieron de Egipto con Israel, nunca abandonaron sus costumbres paganas. Ellos reclamaban un dios visible, **incapaces de vivir por la fe en el Dios invisible**.

El problema aparece de inmediato: reconocen a Moisés como el que los sacó de Egipto, olvidando que fue Jehová quien los liberó (Éxodo 20:2). Esa desviación de la mirada fue el inicio de la apostasía.

La presión del pueblo fue tan fuerte que Aarón, el mismo que había presenciado los milagros en Egipto y el poder de Dios en el Sinaí, cedió. Mandó recoger el oro, lo fundió y fabricó un becerro. Y lo más terrible: proclamó, “Mañana será fiesta para Jehová” (Éxodo 32:5).



EL BECERRO DE ORO Y LA FE QUE SE DESVIÓ

¿Por qué Aarón cedió? **Por miedo.** Temió ser rechazado, temió que el pueblo se rebelara contra él. El miedo es humano, pero la verdadera fe actúa con valor a pesar del temor. Aarón prefirió salvar su vida antes que permanecer fiel. Como consecuencia, el pecado de un líder arrastró a toda la congregación, alentándolos en la idolatría.

En contraste, la fe que Dios esperaba era como la de los jóvenes hebreos en Babilonia, quienes dijeron: “Nuestro Dios puede librarnos... y si no, igualmente no serviremos a tus dioses” (Daniel 3:17–18). Esa fe que se sostiene aunque parezca que no hay salida.

El becerro de oro no fue solo un error histórico, sino una advertencia perpetua. **La verdadera fe se sostiene en lo invisible (Hebreos 11:27).** Cuando sustituimos a Dios por líderes visibles, imágenes o ideas humanas, corremos el mismo riesgo de Israel. La única salvaguardia está en mantener la mirada en Cristo, autor y consumidor de la fe, y en recordar que ningún líder humano ni ninguna obra externa puede ocupar el lugar del Dios vivo.

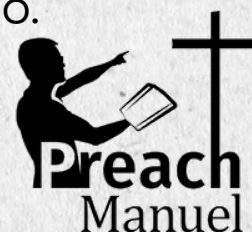


LA INTERCESIÓN DE MOISÉS

Éxodo 32:7-8 nos dice: *“Entonces Jehová dijo a Moisés: Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición, lo han adorado y le han ofrecido sacrificios, y han dicho: Israel, estos son tus dioses que te sacaron de la tierra de Egipto.”*

El lenguaje de Dios aquí es fuerte: **“tu pueblo, que tú sacaste de Egipto”**. Pareciera que el Señor transfiere la responsabilidad a Moisés, y en ese marco incluso le ofrece: *“Déjame que los consuma, y de ti yo haré una nación grande”* (Éxodo 32:10). Era la oportunidad perfecta para que Moisés pensara en su nombre, en su reputación, en tener una descendencia propia. Pero Moisés no cayó en esa trampa. Su reacción revela el corazón de un verdadero líder: en vez de preocuparse por su gloria, se preocupó por la gloria del carácter de Dios.

La oración de Moisés es un modelo de intercesión: *“Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios diciendo: para mal los sacó...? Vuélvete del ardor de tu ira... Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, tus siervos, a los cuales juraste por ti mismo”* (Éxodo 32:11-13). **Moisés apela al honor de Dios, a sus promesas, a su fidelidad.** Un líder verdadero no busca su prestigio personal, sino que defiende la gloria del Señor y el bien de su pueblo.



DIOS Y LA MISERICORDIA DEL PACTO

El pecado del becerro de oro quebrantó de inmediato el pacto del Sinaí, ese acuerdo apresurado en el cual el pueblo había dicho: *“Todo lo que Jehová ha dicho, haremos”* (Éxodo 24:3). Basados en su propia confianza, fallaron en pocos días. Pero aquí se manifiesta una verdad mayor: **cuando el pacto del Sinaí se rompe, prevalece la promesa eterna dada por Dios a Abraham.**

Gálatas 3:17 lo explica: *“La ley, que vino 430 años después, no abroga el pacto previamente ratificado por Dios para anular la promesa.”* Ese pacto con Abraham es llamado “el pacto eterno”, confirmado en Cristo mismo, en quien todas las promesas de Dios son “Sí y Amén” (2 Corintios 1:20).

Así también nosotros hoy seguimos vivos a pesar de nuestros pecados, no porque Dios haya hecho la vista gorda al mal, sino porque en virtud del pacto eterno realizado en la cruz, Cristo murió en nuestro lugar. Ese sacrificio pospone la sentencia, nos da un tiempo de gracia y abre un camino de reconciliación.

En otras palabras, el pueblo de Israel no fue consumido por su pecado porque Dios miró la promesa hecha a Abraham; y nosotros no somos consumidos porque Dios mira a Cristo. El pacto eterno en Jesús es la única razón por la cual permanecemos en pie y tenemos esperanza de vida eterna.



LA ABUNDANCIA DE LA GRACIA

El apóstol Pablo, reflexionando sobre lo sucedido en el Sinaí, escribe en Romanos 5:20-21: “La ley se introdujo para que el pecado abundase; **mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia**; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.”

¿Qué ocurrió en el Sinaí? La ley, que ya existía escrita en la conciencia de todo ser humano (Romanos 2:14-15), fue ahora explicitada de manera audible y visible. Sin embargo, al pronunciarla, el pecado del pueblo quedó al descubierto. No porque la ley produzca pecado, sino porque el mandamiento revela la verdadera pecaminosidad del corazón humano. Así, Israel conoció su extrema incapacidad para obedecer a Dios y quedó en evidencia que la confianza en la propia fuerza solo produce condenación.

Pero es precisamente en ese escenario de idolatría, caída y quebrantamiento del pacto, que la gracia de Dios se mostró más abundante. El pueblo no sobrevivió por su fidelidad —pues habían roto las tablas y el compromiso— sino por la intercesión de Moisés y, en última instancia, por el pacto eterno confirmado en Cristo desde antes de la fundación del mundo.



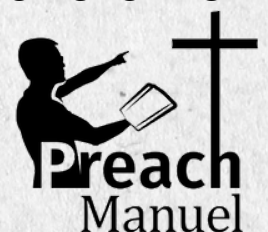
LA ABUNDANCIA DE LA GRACIA

Cuando Moisés descendió del monte y arrojó las tablas, quebrándolas al pie del Sinaí (Éxodo 32:19), estaba mostrando simbólicamente que el pacto del Sinaí había sido roto. Ese pacto, basado en la obediencia del pueblo, no podía darles perdón ni restauración. Lo único que podía otorgarles era muerte.

Sin embargo, Dios no los consumió en ese momento. ¿Por qué? Porque prevaleció el pacto eterno, la promesa hecha a Abraham y confirmada en Cristo. Gálatas 3:17 lo declara con claridad: *“La ley, que vino cuatrocientos treinta años después, no abroga el pacto ratificado por Dios para con Cristo, para invalidar la promesa.”*

Moisés intercedió apelando a ese pacto. No le dijo a Dios: “Perdónalos porque van a obedecer mejor la próxima vez.” No presentó excusas ni minimizó el pecado. Lo único que hizo fue recordar a Dios su juramento a Abraham, Isaac e Israel (Éxodo 32:13). Allí se mostró que el verdadero fundamento del perdón no está en el esfuerzo humano, sino en la fidelidad de Dios a sus promesas eternas.

Moisés también mostró al pueblo lo inútil del ídolo al pulverizar el becerro de oro, esparcir el polvo en el agua y hacer que lo bebieran (Éxodo 32:20). Era como decir: “Este ídolo no puede ni salvarse a sí mismo, ¿cómo podría salvarlos a ustedes?” El becerro no era nada. Pero el problema de la idolatría no está en el objeto, sino en lo que produce en el corazón humano.



LA ABUNDANCIA DE LA GRACIA

Romanos 1:22-24 explica que quienes cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes fueron entregados a pasiones vergonzosas. El ídolo nada es, pero al adorarlo, el ser humano entrega sus facultades superiores a la esclavitud de sus deseos y pasiones, y estos se convierten en la puerta de entrada para los poderes demoníacos. Por eso, aunque la idolatría antigua adoraba a animales o astros, la moderna puede centrarse en el dinero, la fama, el deporte, el estatus o incluso en uno mismo. El resultado es el mismo: degradación espiritual y esclavitud al pecado.



LA INTERCESIÓN MAYOR: CRISTO

El relato concluye con la sorprendente oración de Moisés: *“Te ruego que perdones ahora su pecado, y si no, ráyeme ahora de tu libro que has escrito”* (Éxodo 32:32). **Moisés prefirió ser borrado de la vida eterna antes que ver al pueblo destruido.** Aquí se presenta como un tipo de Cristo, el verdadero intercesor que sí llevó hasta el fin esa entrega.

En la cruz, Jesús cargó la condenación del pecado, experimentando la segunda muerte, aquella de la cual no hay resurrección. Lo hizo para que la gracia sobreabundara. Hoy todos vivimos bajo esa gracia, que pospone la sentencia hasta el día del juicio. En ese día, el pecado será finalmente condenado, pero hasta entonces gozamos del tiempo de prueba que Cristo aseguró con su sacrificio.

La gran lección es clara: no vivimos por nuestra justicia ni por el pacto del Sinaí, sino porque Cristo intercede en virtud del pacto eterno. Mientras dure el tiempo de gracia, su voz nos llama a abandonar nuestras idolatrías modernas y a depositar toda nuestra confianza en el único que puede salvarnos.

¡Que esta breve guía pueda ser usada por Dios para edificarte!

